



HOJA deportiva



PUBLICACION DE LAS HERMANDADES SINDICALES DE LA 2.^a ZONA AGRICOLA

Año II - Núm. 65

Granollers, 26 Abril 1951

Redacción y Administración: S. Roque, 1

A modo de editorial reproducimos este interesante artículo, debido al notable y reputado escritor RIENZI, y que apareció en el diario barcelonés «La Vanguardia». Artículo muy interesante y que quisiéramos que todos los deportistas vallesanos, que tantos comentarios realizan de los árbitros de «su» Campeonato, lo meditarán tal como se merece por el acierto con que ha sido escrito por el comentarista madrileño, el cual dice...

EL PROBLEMA DE LOS ARBITROS

Es inevitable. En España, como en cualquier otro país del planeta, el hombre responde siempre al ambiente, y el ambiente es creado por imperativos de raza contra los que no es posible ir. Vamos a referirnos concretamente a los árbitros cuyo problema estimamos que está más agudizado que nunca en nuestro país. Pero ¿es que su gravedad es efectó de que en España no tengamos hombres inteligentes? De ningún modo. Arbitros inteligentes los tenemos en España en número como los pueda poseer el pueblo de jueces más despiertos e inteligentemente capacitados. Pero en España es difícil que lleguemos a tener buenos árbitros. Lo decimos con verdadera pesadumbre y profundamente convencidos de nuestro defectó. Por las mismas razones no los tendrán tampoco nunca los países americanos de origen español o latino. Estos se han convencido ya de tal modo de ello que desde hace tiempo han tenido que recurrir a jueces británicos. Y conven-gamos, también, que en América han de existir árbitros inteligentes. ¿Por qué no?

Nos decía Jacinto Miquelarena en una de las últimas ocasiones que le vimos, la tremenda diferencia que existe entre el ambiente deportivo británico y el español. En Inglaterra, cuna del futbol, una vez terminados los partidos sus miles y miles de aficionados no se ocupan en absoluto, entre semana, ni de lo que ha pasado ni de lo que ha de venir en materia de encuentros. La atmósfera es, pues, de completo sosiego, y ni pesa por lo que respecta a los últimos resultados ni influye en los próximos. El árbitro, por consiguiente, acude a cumplir sus deberes deportivos sin ningún género de presiones materiales o espirituales. En España este fenómeno no se conoce. Nuestro medio es otro, y el tema de conversación preferente de domingo a domingo vive proyectado sobre los partidos últimamente jugados y los más próximos a jugarse, y en este ambiente de tertulia, de oficina, de simple hogar, el árbitro es un aficionado más con derecho a la discusión y hasta al apasionamiento consiguiente. De este modo los árbitros españoles forzosamente tienen que ser, también, hijos de cuanto en bien o en mal envuelve sus vidas. Quizás todos hemos visto más de una vez a algún árbitro discutir encendidamente sobre un equipo o sobre un jugador, convertido aquél en simple ciudadano particular. Y ¿es que los ciudadanos particulares ca-

recen de sentimientos humanos y éstos pueden desaparecer instantáneamente cuando el ciudadano particular pasa a convertirse en árbitro? De ningún modo. Los rasgos esenciales de toda personalidad humana se mantienen siempre a través de todos los posibles cambios exteriores de momento; porque los hombres, sean árbitros o sean lo que sean, no son de trapo. Los mismos códigos de justicia establecen entre las atenuantes el de la ofuscación. Y una persona decente y honrada puede delinquir bajo un raptó de ofuscación que a sus propios ojos no constituye delito. De ahí el atenuante; porque si el acto fuera consciente no existiría ofuscación. En el mismo sentido un árbitro de futbol puede ser un sujeto honorable y limpio de todo intento de prevaricación, y creyendo proceder honradamente equivocarse, igualmente, por ofuscación. Esta ofuscación no es un sentimiento repentizado, sino un estado del espíritu o del corazón que ha ido fraguándose lentamente en el hombre obligado por un sinfín de circunstancias exteriores; entre éstas una de las más decisivas e influyentes es la del medio ambiente. Y un medio ambiente apasionado, como es el deportivo español, no puede crear en los que lo viven, más que un sentimiento también apasionado.

“Dime con quién andas y te diré quién eres”, reza uno de los más sabios y profundos refranes castellanos. La gran verdad de esta frase descansa casi exclusivamente en el gran poder que las amistades ejercen sobre nosotros, y las amistades son las personas, y las personas son el ambiente. Así, si nos relacionamos con personas religiosas la fe y la creencia se agigantarán en nosotros. Si con gente del hampa adquiriremos los mismos vicios que ella. Y si nuestro medio o nuestra costumbre en el deporte es una atmósfera apasionada terminaremos siendo, queramos o no, personas apasionadas, con el título de empleados de comercio o el de árbitros de futbol. Este sentimiento deportivo, apasionado característicos en los pueblos meridionales, en las razas calenturientas, es el que pone en la fiesta del futbol una belleza de la que carecen otros países del Septentrión, fríos e indiferentes, que ni gritan en un graderío ni son capaces de matarse por una mujer. Sin embargo, éstos poseen unas virtudes de las que nosotros hemos de carecer por fuerza, en razón, igualmen-

Continúa a la pág. 3